

CARTULINA DE LLUVIA

Pensar que hace sólo un corto tiempo eras en tu tierra habitada por la lluvia, finos calendarios que el agua borraba las fechas, una oruga en un estuche de alas sin abrirse, una mariposa nueva donde aún no nacían las acuarelas.

En cambio yo traía las manos y el corazón como esos chaquetones doblados por el uso, igual a esos trenes de aldeas tan remotas que el tiempo limó el acero de sus rieles y corren por la tierra como si fuera la trocha muy angosta.

Era de esta pampa apurada de norte, donde el vino huele a cobre y la cerveza se bebe en potrillos de salitre.

Estabas tan lejana y necesitaba escucharte, oír tu cuerpo y tu voz, aunque fuera en una carta. Así fue que una noche inventamos los aviones que de día y de noche cruzaban los cielos llevando y trayendo nuestros mensajes.

Y fueron tantas cartas que el cielo cruzaron, en un ir y venir que ya las nubes conocían de memoria nuestra caligrafía.

Fue entonces cuando en una gran cartulina formé primero con tus letras, el perfil de tu cara, luego tu cuerpo, tus senos encendidos y ese pubis tierno mojándose en las colinas.

Y como una gitana de amor que vendió su carpa, así llegaste a habitar la cartulina pintada en mi cuarto.

Éramos felices en nuestro mundo de cartas, más aún cuando llegabas desnuda a refugiarte en mi lecho.

Por la noche era el viento un runrún de garumas, esos pájaros costeros que hacen su nido en la pampa, porque dicen que el mar allí vivió hace millares de años.

La sangre no se acostumbra a vivir sola ni a trajinar, eternamente por la escalera de las venas, cuyos peldaños gastados ya conoce de memoria.

MANUEL DURAN DIAZ